

## **EL MAGNICIDIO DE DONALDO COLOSIO, MARTIR DE LA DEMOCRACIA. EL SUSTITUTO.**

Éstas son las líneas más tristes de este libro. La tarde del 23 de marzo de 1994 me encontraba en el salón Vicente Guerrero de la oficina principal de Los Pinos en una reunión con campesinos. El acto concluyó aproximadamente a las 7:30 de la noche. Al salir del salón, me aguardaban junto a la puerta el jefe del Estado Mayor presidencial, general Arturo Cardona y el jefe de la Oficina de la Presidencia, José Córdoba. Me abordaron de inmediato para darme una noticia terrible: durante un acto de su campaña electoral en la ciudad de Tijuana, Baja California, Donald Colosio había sufrido un atentado. Me dijeron que estaba herido de bala y que lo habían trasladado a un hospital. Sus palabras me produjeron una turbación profunda.

Traté de reponerme. Pregunté sobre su estado de salud. Me respondieron que esperaban noticias sobre su evolución. Subí a mi oficina. Ahí llamé por la red al doctor Enrique Wolpert, subsecretario de Salud. Le pedí que se trasladara urgentemente a Tijuana en compañía del mejor especialista. Wolpert tenía estrecha relación con Luis Donald.

Más tarde empezó a llegar información sobre Colosio. Era muy preocupante, pues confirmaba que su estado era de suma gravedad. Tenía la esperanza de que los conocimientos de Wolpert ayudaran a salvarlo.

Llamé por la red al secretario de Gobernación, Jorge Carpizo, quien se encontraba en su oficina, acompañado del Procurador General de la República, Diego Valadés. Hablé con Carpizo y con Valadés y en ese momento le di instrucciones al Procurador General de que se trasladara de inmediato a Tijuana para tratar de averiguar lo que sucedía. Después busqué al gobernador de Baja California, Ernesto Ruffo. No se encontraba en el estado.

La angustia crecía. Continué informándome sobre el estado de salud de Colosio. En el hospital, los médicos luchaban por salvarle la vida. Las noticias no eran alentadoras. Al mismo tiempo, llegaban a Los Pinos miembros de mi gabinete y legisladores del PRI. Empecé a dialogar con algunos de ellos. En ese momento, llegó a mi despacho el doctor Ernesto Zedillo, quien había informado a Córdoba sobre el atentado contra Colosio. En presencia de Zedillo pedí que me comunicaran con Manlio Fabio Beltrones, gobernador de Sonora, estado vecino al lugar de la tragedia. El atentado se había cometido contra un sonorenses distinguido. Le pedí al gobernador Beltrones que se trasladara desde Hermosillo al lugar de los hechos para completar la información sobre los acontecimientos.

Hablé por teléfono varias veces con Liéban Sáenz, secretario de Información y Propaganda del PRI. Sáenz, uno de los colaboradores más cercanos a Colosio, se encontraba en Tijuana; fue él quien le avisó a Zedillo del atentado. Le pregunté sobre la calidad del equipo médico que atendía a Colosio y sobre la situación de su esposa, la señora Diana Laura Riojas, quien estaba a su lado en el hospital. Sus palabras me confirmaban la gravedad del momento. Liéban Sáenz tuvo la amarga responsabilidad de anunciar al país el deceso de Colosio.

En mi agenda oficial de esa noche estaba prevista la recepción oficial del primer ministro de Canadá. Había sido programada para las 8 de la noche en el salón Adolfo López Mateos de Los Pinos. Tuve que recibirlo, pues ya se encontraba en la residencia. Junto con él, me dirigí al salón donde se habían congregado decenas de funcionarios, empresarios e intelectuales. Se anunció la cancelación de la cena que teníamos programada. Despedimos de mano a cada uno de los asistentes. Regresé con el Primer Ministro a la residencia, y me despedí de él. Luego me trasladé a mi oficina. Ahí, a las 22:10 horas, me comunicaron que Donald Colosio había fallecido.

Me entristecí profundamente. Me resultaba muy difícil, casi imposible, contener mis sentimientos de tristeza y de dolor. Solo tuve unos instantes para tratar de asimilar el hecho dramático, pues en medio de la consternación y la angustia se empezaba a gestar una crisis mayúscula. Habían llegado más miembros del gabinete y del PRI. Querían encontrar una explicación sobre lo que acontecía. En sus expresiones había dolor y rabia por el cobarde asesinato.

### **La nación agraviada por el magnicidio del héroe civil**

Di un mensaje a la nación para compartir el dolor por la ausencia de Donaldo Colosio. Afirmé que se había perdido a un hombre que tenía como mérito fundamental haber contribuido pacíficamente a la grandeza de la patria.

Declaré el 24 de marzo día de luto nacional y dispuse el izamiento de la bandera nacional a media asta en señal de duelo.

Enseguida recibí a los miembros del PRI. Compartimos nuestro estupor y dolor. Todos exigíamos saber la verdad sobre lo acontecido. Entre ellos estaba un colaborador muy cercano de Colosio, hombre de todas sus confianzas y afectos, Santiago Oñate. Era un abogado distinguido y honorable. Le propuse coordinar la investigación sobre la muerte de Colosio. Era indispensable que una tarea tan delicada se realizara con la mayor seriedad y credibilidad. No hubo objeción a mi propuesta. Acordamos reunirnos en la sede del PRI a la mañana siguiente para rendir homenaje a Colosio.

De repente, un oficial me comunicó que el ex presidente Luis Echeverría se encontraba en el salón Morelos, en la planta baja de la oficina. Bajé de inmediato. Me expresó su pena. Sin esperar más, me propuso que el relevo de Colosio fuera, según sus palabras, "alguien que no hubiera tenido que ver nada". Se manifestó a favor de mi colaborador Emilio Gamboa, secretario de Comunicaciones y Transportes. Me sorprendió mucho su propuesta, en medio del luto. Ahí concluí la conversación.

### **El gobierno enfrenta la tensión política y financiera. La estabilidad en riesgo**

Regresé a mi oficina. Durante la medianoche tuve que celebrar una reunión de emergencia del gabinete económico. La crisis nacional provocada por el magnicidio de Colosio anticipaba un desequilibrio cambiario en las primeras horas de la mañana. En la reunión evaluamos varias propuestas. Había que evitar que la consternación nacional provocara el pánico cambiario. Se sugirió cerrar los bancos y los mercados financieros mientras se tenía un poco más de claridad sobre lo acontecido; se planteó también, entre otras cosas, recurrir a medidas de control directo. Todas las propuestas presentaban grandes riesgos, pues si no eran adecuadamente comprendidas podían exacerbar los problemas que buscaban evitar. Sin embargo, ya casi al amanecer, se decidió que los mercados se sumaran al luto que embargaba al país. Como ya dije, yo había resuelto declarar un día de luto nacional. Por ese motivo, los bancos y la bolsa permanecerían cerrados ese día jueves y tal vez el día siguiente. Buscábamos llegar al feriado de fin de semana: no sabíamos qué podía suceder, pero después de lo ocurrido en Tijuana esperábamos lo peor. Teníamos sólo unas horas de margen para evitar un derrumbe cambiario por el impacto de la tragedia.

El país estaba en riesgo de una crisis nacional. Los mexicanos se encontraban consternados por la tragedia. Además, conforme pasaban los minutos, aparecían señales de tensión en el área política, ante la incertidumbre provocada por la trágica ausencia del candidato del PRI a la presidencia de la República. Muy pronto las pasiones políticas se desataron, algunos miembros intentaron imponer al relevo de Colosio, con riesgo de provocar una ruptura en el PRI. Además, mis colaboradores más cercanos del área económica me seguían alertando de la amenaza de un pánico financiero y cambiario. La posibilidad de una crisis económica se consolidaba. A pesar del desconuelo que en esos momentos me embargaba, tenía que hacer frente a estos conflictos potenciales. Cualquiera que hubiese sido el motivo para atentar contra Colosio, el resultado político podía ser la intolerancia, la regresión de la apertura política conseguida, la amenaza a las libertades y la imposibilidad de realizar una elección presidencial democrática. Se podía endurecer la vida política del país.

Mientras tanto, en Tijuana, el Procurador General, Diego Valadés, habló con Ernesto Ruffo, gobernador de Baja California, ya para entonces de regreso en su estado. El asesino material había sido detenido en el lugar de los hechos. Valadés le dijo al gobernador que, dada la magnitud del atentado y debido a la suspicacia que pesaba sobre los cuerpos de la procuraduría local, la PGR realizaría la investigación del caso: las indagaciones tendrían carácter federal. El procurador Valadés me informó que Ruffo no manifestó ningún inconveniente y accedió a su planteamiento.

### **El desconuelo personal**

Durante la noche del 23 de marzo y en la madrugada del día siguiente creció el dolor por la ausencia del amigo y la rabia ante el crimen traidor. No pude conciliar el sueño. Un desconuelo profundo me oprimía el pecho. Sólo un esfuerzo enorme me permitió contener el llanto. En mi mente golpeaban pensamientos que eran preguntas sin respuesta: ¿por qué Donaldo?, ¿por qué atentar contra él?, ¿por qué causar tanto dolor?, ¿por qué ya no estaba el amigo ni el colaborador ni el candidato?, ¿quién fue?, ¿qué hacer? Intenté reponerme. Mis pensamientos iban desde los más directos hasta los más descabellados. Sin embargo, sólo atinaban a aumentar

mi angustia personal, íntima. Me propuse no contagiar al país ni a los colaboradores con mi desánimo profundo ni descuidar mi responsabilidad frente a los acontecimientos políticos y económicos que amenazaban agravarse ante este hecho terrible y dramático.

En la madrugada del día 24 regresó el doctor Wolpert. En el vuelo hacia Tijuana había recibido la noticia del fallecimiento de Colosio. Al llegar a esa ciudad se trasladó al hospital. Conversó con los doctores y retornó a la ciudad de México. De inmediato vino a verme. Me informó que Donaldo Colosio había sido atendido por médicos muy calificados que habían hecho todo lo humanamente posible por salvarle la vida.

Ese jueves 24, a las ocho de la mañana, recibí en el hangar presidencial a la señora Diana Laura Riojas de Colosio. Yo había dispuesto que un avión de la presidencia la trasladara de Tijuana a la capital. Traía el féretro de su esposo, mi amigo Donaldo. Junto a mí, en el hangar presidencial, estaba el doctor Zedillo. Al subir al avión a expresarle mi pésame, me inundó un dolor agudo. Ella estaba profundamente triste, pero mostraba una gran entereza. En el avión venía, entre otros, Liébano Sáenz. Descendimos del avión y salimos del hangar Presidencial hacia la sede del PRI. Viajamos en mi automóvil, junto con mi esposa. Le comenté a la señora Colosio que la noche anterior, durante la reunión con los dirigentes del PRI, había solicitado que Santiago Oñate se hiciera cargo de la investigación. La viuda expresó su reconocimiento y aprecio por Oñate; sin embargo, me pidió que la fiscalía especial la encabezara el ministro de la Suprema Corte de Justicia de la nación, Miguel Montes. Me hizo ver que Montes también era un abogado muy cercano a Colosio. Acepté de inmediato.

Al llegar a la sede del PRI, descendimos del automóvil y nos trasladamos a un pequeño salón. Pasé a rendirle homenaje a Donaldo Colosio. Hice una guardia de honor junto a su cuerpo. Al final del acto, varios grupos de priístas de algunas zonas populares expresaban su dolor e irritación, y gritaban consignas contra Manuel Camacho. Me acerqué a ellos para serenarlos y los saludé de mano. Después me despedí de Diana Laura.

El pueblo se volcó en el auditorio del PRI para rendir homenaje a Colosio. Miles de personas desfilaron ante su féretro para expresar su cariño. También dirigentes del PRI, miembros de partidos de oposición, todos los candidatos presidenciales, la sociedad civil, los comités de Solidaridad. Fue un duelo popular y nacional. También asistieron los ex presidentes de México. Cuando el ex presidente Echeverría concluyó su guardia ante el féretro, y antes de abandonar el estrado, se volvió hacia la gente. Levantó un brazo y gritó el lema de su campaña electoral en 1970: "y he dicho: arriba y adelante con la revolución mexicana." Fue un hecho inusitado.

Poco después conversé con Miguel Montes quien aceptó ser el fiscal; le ofrecí todo el apoyo a su investigación, y reiteré el respeto absoluto a su total autonomía. Ese día publiqué en el Diario Oficial el decreto para crear la Subprocuraduría Especial encargada de investigar el homicidio de Colosio. Montes solicitó licencia temporal en la Suprema Corte y asumió su nueva responsabilidad.

### **Decisiones para evitar la inestabilidad económica**

Regresé a Los Pinos. Tuve que recibir al Primer Ministro de Canadá para las conversaciones oficiales; también a otros dignatarios internacionales con quienes, con mucha antelación, se habían previsto reuniones. Para evitar la crisis económica, esa noche realizamos una reunión extraordinaria del mecanismo de concertación económica, el Pacto. Así ratificamos los términos de la última concertación, realizada en enero, horas después del levantamiento de Chiapas. En la reunión se reiteró un compromiso del gobierno federal: mantener el tipo de cambio del peso frente al dólar dentro de los márgenes de flotación establecidos originalmente. Ese mismo día, en Washington, el presidente Clinton y el secretario del Tesoro Bentsen hicieron público el mecanismo que habíamos integrado durante 1993: una línea extraordinaria de apoyo financiero por 6,000 millones de dólares para respaldar la estabilidad de nuestra moneda. Ese día también se anunció el ingreso de México a la OCDE, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, una de las organizaciones más importantes del mundo; era otro mensaje de respaldo a nuestro país en momentos tan difíciles.

El viernes 25 de marzo, durante las primeras horas, los mercados tuvieron un retroceso de más de 4%. Era una caída muy drástica. La ratificación del Pacto la noche anterior, el anuncio del apoyo financiero de la Tesorería de Estados Unidos y el ingreso a la OCDE permitieron que la bolsa de valores permaneciera estable al cierre. Sin embargo, ese día salieron del país mil millones de dólares de reservas internacionales. Se había iniciado la salida de capitales más severa de toda mi administración. Parecía que el país se encaminaba a la crisis cambiaria.

Como lo habíamos anunciado, los bancos no abrieron el día 24. Sin embargo, los valores mexicanos sí cotizaron en los mercados internacionales. Empezaron a bajar. Un hecho poco destacado en esos momentos trágicos, pero que tendría fuertes repercusiones en el resto del año, fue que la economía nacional resintió el inicio del proceso de alzas en las tasas de interés de la Reserva Federal de los Estados Unidos. En unos meses prácticamente se duplicaron. Esa alza ejerció una atracción de los recursos financieros de todo el mundo hacia los Estados Unidos. En México, ese efecto de atracción se multiplicó con la incertidumbre provocada por el cobarde asesinato de Colosio.

### **La lucha por el poder: pretensiones de imponer al sustituto**

La tarde del viernes 25 de marzo me trasladé a Magdalena de Kino, Sonora, la tierra natal de Colosio. Su familia había decidido que ahí se realizara el sepelio. Fui recibido por el padre de Colosio, don Luis Colosio Fernández y por su hermano, Víctor Colosio Murrieta. De inmediato me dirigí a la tumba de Donaldo y realicé una guardia de honor. Después estuve en el hogar de la familia Colosio con su padre, su madre, sus hermanas y su hermano Víctor.

En el vuelo de regreso de Sonora a la capital de la República supe que durante ese viernes, mientras se llevaba a cabo el sepelio de Colosio, varios miembros del PRI habían firmado una carta para exigir que el PRI se pronunciara por un candidato sustituto. Los encabezaba un legislador que había sido miembro del gabinete del ex presidente Echeverría: el diputado Augusto Gómez Villanueva. Ahora la propuesta no era a favor de Emilio Gamboa, sino del presidente del Partido, Fernando Ortiz Arana. Los acontecimientos políticos se desencadenaban aceleradamente.

Durante el vuelo conversé con diversos dirigentes del PRI; habían asistido al acto luctuoso y los invité a regresar conmigo. Entre ellos estaba uno de los miembros del equipo de Colosio, José Luis Soberanes. Lo llamé a conversar en mi privado del avión y ahí me expresó sin reservas sus inquietudes: se sumaba a la propuesta del legislador echeverrista. Entonces, sin haberse mencionado antes a Ernesto Zedillo, expresó que se oponía a que fuera el candidato sustituto de Colosio. La ofensiva política para apoderarse de la postulación no había esperado ni al entierro. La lucha por el poder dentro del PRI había estallado. Tenía que actuar de inmediato.

### **El magnicidio ocurrió cuando ya estaban impedidos los miembros del gabinete y los gobernadores para la postulación**

El candidato sustituto tenía que cumplir, en primer lugar, los requisitos establecidos por nuestra Constitución. El artículo 82 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos establecía los requisitos para ser Presidente de la República:

- I. Ser ciudadano mexicano por nacimiento, en pleno goce de sus derechos, e hijo de padres mexicanos por nacimiento;<sup>1</sup>
- II. Tener 35 años cumplidos al tiempo de la elección;
- III. Haber residido en el país durante todo el año anterior al día de la elección;
- IV. No pertenecer al estado eclesiástico ni ser ministro de algún culto;
- V. No estar en servicio activo, en caso de pertenecer al Ejército, seis meses antes del día de la elección;
- VI. No ser secretario o subsecretario de Estado, jefe o secretario general de Departamento Administrativo, Procurador General de la República, ni Gobernador de algún Estado, a menos que se separe de su puesto seis meses antes del día de la elección y
- VII. No estar comprendido en alguna de las causas de incapacidad establecidas en el artículo 83.

El artículo 83, por su parte, determinaba:

El Presidente entrará a ejercer su encargo el 1º de diciembre y durará en él seis años. El ciudadano que haya desempeñado el cargo de presidente de la República, electo popularmente, o con el carácter de interino, provisional o sustituto, en ningún caso y por ningún motivo podrá volver a desempeñar ese puesto

Las limitaciones que imponía la Constitución al momento del magnicidio redujeron las opciones para que el PRI postulara al candidato sustituto. La fecha de la elección presidencial estaba fijada para el 21 de agosto de 1994. La restricción que imponía la moción VI del artículo 82 se había iniciado el 21 de febrero. Por esta razón, a fines de marzo ningún miembro de mi gabinete y ningún gobernador podría ser candidato a la presidencia de la República. El PRI sólo podría postular como su candidato a un militante que cumpliera los requisitos constitucionales.

Decidí considerar todas las opciones legalmente viables. Había dos: en primer lugar, promover una reforma constitucional para cambiar la restricción del artículo 82 que impedía postular a los miembros del gabinete ya los gobernadores (pues ninguno se había separado de su puesto seis meses antes de la fecha de la elección). El PRI tenía prácticamente la mayoría en el Congreso federal y en los Congresos estatales para modificar por sí solo la Constitución.

El proceso de reforma constitucional está precisado en el artículo 135; exigía varios pasos: convocar a un período extraordinario de sesiones del Congreso; someter la iniciativa a una de las dos Cámaras y turnarla a las Comisiones respectivas para su aprobación; de ahí someterla al pleno de sesiones para su debate; una vez aprobada con las dos terceras partes de los votos, turnarla a la otra Cámara para un proceso similar. Aprobada en ambas Cámaras, la reforma tenía que ser sometida a las 31 legislaturas locales para su debate y aprobación por la mayoría de ellas. Finalmente, el Congreso de la Unión debía verificar esos pasos para luego enviar la reforma para ser publicada por el Presidente de la República y el secretario de Gobernación en el Diario Oficial de la federación.

Antes de iniciar este delicado y largo proceso, consulté primero a legisladores y gobernadores de mi partido: me hicieron saber que ante el pesar y el coraje por la muerte de Colosio no podía asegurarse el voto de los legisladores a favor de una reforma ad hominem, es decir, con dedicatoria a la persona que resultara postulada. Me comentaron que entre los legisladores que promovían a un sustituto, se había corrido la consigna de que, en caso de que esta iniciativa de reforma fuera sometida a su consideración, simplemente abandonarían el salón de sesiones para que no hubiera quórum. En las legislaturas locales se percibía la misma actitud. Hablé también con el dirigente nacional del PAN Carlos Castillo Peraza. Me dijo que su partido no avalaría la reforma.

La segunda opción consistía en posponer la fecha de la elección al mes de octubre y así evitar el impedimento constitucional de secretarios y gobernadores. Esta alternativa requería una reforma legal, con menos inconvenientes que la constitucional. Sin embargo, el secretario de Gobernación me hizo ver que aplazar la elección hasta octubre impediría la instalación del nuevo Congreso en noviembre y la entrega de la responsabilidad constitucional al nuevo gobierno, prevista para el primero de diciembre. Sus palabras fueron contundentes. Cambiar la fecha de la elección presidencial era poner en riesgo los plazos constitucionales.

## **Las opciones**

Las opciones se redujeron en esos momentos críticos pues no podían ser candidato ni los secretarios de Estado ni los subsecretarios ni los gobernadores. El perfil del candidato tenía que llenar las cualidades que había considerado para postular a Colosio.

Me propuse escuchar cuidadosamente diversas opiniones. Al día siguiente del sepelio, el sábado 26 de marzo, empecé muy temprano con el expresidente Miguel de la Madrid. Lo invité para conocer su opinión sobre el candidato relevista. Con mucha delicadeza, se expresó a favor de Francisco Rojas, el Director de Petróleos Mexicanos. Después me dediqué a escuchar a diversos miembros del gabinete, gobernadores y dirigentes del PRI, como María de los Angeles Moreno, Beatriz Paredes, Jorge de la Vega, Patricio Chirinos, Otto Granados, Carlos Hank, Fernando Solana, José Francisco Ruiz Massieu, Rubén Figueroa; también recibí a intelectuales como Héctor Aguilar, a miembros del equipo de Colosio como Santiago Oñate, José Luis Soberanes, Liéban Sáenz; asimismo, a Francisco Rojas.

El domingo 27 y el lunes 28 continué escuchando a dirigentes y miembros del Partido. Me visitaron, entre otros, Humberto Lugo Gil, Silvia Hernández y Eduardo Robledo. El lunes a las 11 de la mañana recibí al secretario de la Defensa Nacional. Poco después, al doctor Ernesto Zedillo.

A continuación me visitó el presidente del PRI, Fernando Ortiz Arana, a quien habían querido postular horas antes algunos miembros del Partido, con el echeverrista Gómez Villanueva a la cabeza. Pero Ortiz Arana me hizo saber que él no contendería por la candidatura; pues consideró que siendo el presidente del Partido sentaría un precedente totalmente adverso al PRI si quien lo encabezaba era también el candidato; reconocí su actitud y le pedí que lo hiciera del conocimiento público, a lo que accedió con gran solidaridad. Él era quien más partidarios tenía, en las filas importantes de ciertas estructuras del Partido, para su posible candidatura. La actitud de Fernando Ortiz Arana fue esencial para mantener la unidad del Partido y para la postulación de quien resultó candidato sustituto.

En esos momentos aciagos destacaron tres personalidades que cumplían las disposiciones constitucionales: Francisco Rojas Gutiérrez, director general de Pemex, Pedro Joaquín Coldwell, secretario general del PRI y Ernesto Zedillo Ponce de León, Coordinador General de la Campaña de Colosio.

Los tres habían ocupado con distinción responsabilidades en el gabinete presidencial; los tres habían desempeñado puestos en la dirigencia en el PRI. Francisco Rojas era mi amigo cercano, de honestidad ejemplar y eficiente servidor público. Mostró firmeza y talento para realizar la reforma integral de Pemex. Pedro Joaquín tenía una fina sensibilidad política y había alta capacidad de gobierno en su natal Quintana Roo. Su hombría de bien destacaba por encima de muchos. Ernesto Zedillo había sido seleccionado por Colosio para coordinar la campaña.

El lunes 28 de marzo el país perdió 1, 154 millones de dólares en reservas internacionales. No podía continuar la incertidumbre política y económica que generaba la ausencia de candidato del PRI.

### **La postulación de Zedillo a la candidatura presidencial**

El martes 29 de marzo el PRI postuló como candidato sustituto a Ernesto Zedillo Ponce de León. .

Para fines de abril, con el candidato sustituto del PRI ya en campaña, frenamos los nuevos intentos de grupos internos por apoderarse de la candidatura del PRI.

El día de la postulación de Zedillo - martes 29 - y el siguiente, miércoles 30, salieron del país 1,231 millones de dólares. Jueves y viernes los bancos permanecieron cerrados por las celebraciones de la semana santa. El lunes 4 de abril se esperaba que amainara la tormenta. No fue así. Ese día salieron otros 708 millones de dólares. La sangría continuó hasta el 21 de abril. En total, durante esos aciagos días de fines de marzo y todo abril de 1994 el país perdió 10,387 millones de dólares de reservas internacionales.<sup>2</sup> El magnicidio de Colosio había puesto al país al borde del colapso cambiario.

La pérdida de reservas obedecía al momento político y era muy poco lo que podíamos intentar. Sin embargo, en esos días Pedro Aspe se propuso utilizar en toda su dimensión el enorme capital de credibilidad que había conseguido acumular durante cinco años, a través de su consistente trabajo como secretario de Hacienda. Aspe no dudó en utilizar su capital político: inició un conjunto integral de acciones, que unidas a una política monetaria más restrictiva instrumentada por el Banco de México, desembocaron en un aumento sustancial de las tasas nominales de interés. Esto, a su vez, trajo un aumento muy importante en las tasas reales. A pesar del enorme riesgo que enfrentábamos, para finales de abril la estrategia funcionó y volvió la calma a los mercados cambiarios financieros mexicanos. Con su prestigio y talento, Aspe consiguió frenar la especulación cambiaria.

La de aquellos días fue la crisis política y financiera más grande y la más peligrosa del sexenio. Se montó sobre la tristeza que nos embargaba. Fue uno de los momentos más dramáticos y delicados en los últimos setenta años del país. Sin embargo, en lo personal representó la situación más angustiosa y abrumadora de toda mi vida política pues llegó precedida de la muerte de Donald Colosio, mi amigo entrañable.

Marzo fue un mes aciago. Después de la tragedia, mi Gobierno vivió una zozobra permanente. Para la nación, la muerte de Colosio truncó la posibilidad de consolidar el proyecto de cambio que él y muchos otros mexicanos habíamos intentado promover.

### **La mecánica de la postulación de Ernesto Zedillo**

La mañana del lunes 28 de marzo le pedí al doctor Ernesto Zedillo que conversara con el general Antonio Riviello, secretario de la Defensa Nacional. Yo tenía la preocupación de que dentro de las fuerzas armadas pudiera existir un resentimiento contra la eventual candidatura de Zedillo. ¿Por qué? Durante su gestión como secretario de Educación Pública se habían publicado nuevos libros de texto; la redacción preliminar de los libros de historia ofendió a ciertos sectores del ejército, pues en ellos se hablaba de la responsabilidad de las fuerzas armadas en los acontecimientos del 2 de octubre de 1968. La conversación, según me informó luego el secretario de la Defensa, había sido muy cordial. Poco después recibí a Zedillo en un salón de la residencia Miguel Alemán de Los Pinos. En la sala contigua se encontraba Manlio Fabio Beltrones. Como sabía de la relación de Beltrones con diversos grupos del PRI, le pedí a Zedillo que me relatara frente al

governador su diálogo con el general Riviello.

Inmediatamente después invité a Zedillo a conversar a solas. Entonces le hice saber que al día siguiente el PRI lo postularía como su candidato. Tengo que reconocer que no pude compartírselo con la emoción y el entusiasmo que acompañó esa circunstancia con Donald Colosio. El abatimiento por la ausencia de Donald me lo impidió. El doctor Zedillo me escuchó. Su reacción, al principio, me pareció de sorpresa. De inmediato se recuperó. Me dijo que estaba dispuesto, que tenía el ánimo y que mantendría las banderas de Colosio. Su entusiasmo aumentaba conforme me hacía esos comentarios. Me pareció que en esa emoción que se exaltaba a cada paso había una mezcla de sorpresa y de aspiración finalmente consumada. Su actitud me confirmó que él sí se había asumido como uno de los precandidatos que el PRI consideró durante 1993. Sin embargo, mi falta de emoción al transmitirle la noticia pudo haberle generado una serie de malentendidos y resentimientos.

Momentos después regresé con Manlio Fabio Beltrones. Le habían entregado un video que alguien le había enviado a José Carreño, mi jefe de prensa. Era un fragmento de un noticiero de televisión de finales de noviembre de 1993. Se mostraba el momento en que Donald Colosio designó al doctor Zedillo como coordinador de campaña. Las elogiosas palabras con que Colosio se refería a Zedillo eran contundentes. Quien quiera que le haya entregado ese video a Carreño quería recordar el respeto y la confianza de Colosio hacia Zedillo, cuando menos en noviembre de 1993.

Me despedí del nuevo candidato. Le pedí que estuviera atento a los acontecimientos del día siguiente por la mañana. Hubo, esta vez, efusividad de su parte. Yo me mostré cálido, aunque sin perder mi desconsuelo y consternación.

Reunidos los elementos para la decisión, esa noche conversé con varios gobernadores. Les comenté que nos reuniríamos con los distintos sectores del Partido al día siguiente. Era indispensable que los gobernadores se mantuvieran cohesionados frente a lo que vendría, les dije sin adelantarles los términos de la decisión. Respondieron con lealtad.

La mañana del martes 29 de marzo, muy temprano, conversé a solas en mi despacho con Fidel Velázquez. Analizamos la situación y él me expresó con total apertura su punto de vista. En mis notas personales tengo registrado lo que don Fidel me dijo en aquella ocasión:

Usted sabe que nuestro candidato siempre fue el licenciado Colosio. Ante su terrible ausencia, quiero decirle que con quien el movimiento obrero ha tenido diálogo más abierto y franco, a quien le tenemos confianza porque nunca nos ha engañado con lo que nos ha ofrecido, y quien puede garantizar que el país no volverá a vivir una devaluación traumática, que es lo que más perjudica los salarios de los obreros, es el doctor Pedro Aspe. Nuestro apoyo es para él.

Ante una posición tan franca, tuve que explicarle a don Fidel que Aspe era mi secretario de Hacienda y estaba impedido por la limitación constitucional; también le hice saber que el mismo Aspe me había notificado - le dije - que no contendría por una candidatura que requiriera modificar la Constitución. Le comenté entonces que en unos momentos más nos reuniríamos con el Comité Ejecutivo Nacional del PRI y con todos los gobernadores del Partido. Le hice notar que compartía su interés por evitar una devaluación, y que quien mejor conocía la manera de evitarla - por tratarse de un economista distinguido y que además había trabajado con el mismo Aspe - era Ernesto Zedillo. Le pedí su apoyo a la candidatura y me lo dio sin condiciones. Don Fidel fue el otro factor determinante para asegurar la postulación de Zedillo.

Esa mañana había convocado en el despacho de la residencia presidencial de Los Pinos al Comité Ejecutivo Nacional del PRI y a todos los gobernadores de extracción priísta..Ahí reunidos les pedí su opinión sobre el sustituto de Donald Colosio. Antes de que alguno se manifestara, el gobernador de Sonora, Beltrones, pidió que se escuchara y viera un vídeo que consideraba de gran importancia: era el vídeo que le entregó el jefe de prensa. Luego de verlo, la respuesta a favor de Zedillo fue inmediata. "Más claro ni el agua", se adelantó a decir Fidel Velázquez. A continuación les pedí a todos su opinión sobre la manera de formalizar su postulación. Se decidió sostener el método establecido en los estatutos: la emisión de una convocatoria y la selección controlada por el Comité Ejecutivo Nacional; era un método que en las condiciones de crispación política del país, consideré muy sensato, pues evitaba el riesgo de que las divisiones internas se expresaran fuera del Partido.<sup>3</sup> Una vez de acuerdo, los asistentes partieron a la sede del Partido a hacer pública la decisión. Ese 29 de marzo de 1994, el PRI postuló a Ernesto Zedillo como el candidato sustituto de Donald Colosio Murrieta.

El PRI postuló al doctor Zedillo en circunstancias muy difíciles: en condiciones de luto nacional, tras la muerte de Colosio; en medio de una gran tensión política, dada la ambición dentro de algunos grupos del PRI, de imponer al sustituto; y, por si fuera poco, bajo una enorme tensión financiera. La nueva candidatura no consiguió detener la fuga de capitales. La crisis se agudizó con un anuncio del EZLN: se retiraba de los acuerdos alcanzados para la paz en Chiapas. Pero a pesar de estas graves y delicadas circunstancias se pudo controlar la crisis política que había provocado el magnicidio. No era un logro menor mantener la unidad interna del PRI y construir el consenso necesario para tener candidato sustituto a los pocos días del terrible crimen.

Tuve que movilizarme para consolidar la candidatura de Zedillo. Al dirigente del PRI, Ortiz Arana, se le promovió como líder del senado. Para su relevo en el PRI, impulsé a Ignacio Pichardo Pagaza, ex gobernador del Estado de México. A José Francisco Ruiz Massieu lo invité a responsabilizarse de la secretaría general del Partido - había sido uno de sus mayores anhelos y aportaba un claro compromiso con las reformas emprendidas por mi gobierno -. Varios ex gobernadores fueron incorporados al PRI. Además, se publicó una carta de apoyo a Zedillo, firmada por los miembros más prominentes del Partido. Fue necesario desplegar un intenso trabajo político para consolidar la candidatura de Zedillo al interior del PRI.

Santiago Oñate pasó a ser el jefe de la oficina de la Presidencia en sustitución de José Córdoba, quien fue designado representante de México en el BID. En los primeros días de febrero, al regresar de la gira internacional de Davos, había señalado las prioridades de mi gobierno para el resto del año, así como a los responsables de su cumplimiento: encauzar por la vía del diálogo el conflicto en Chiapas, lo que era responsabilidad del comisionado para la Paz; realizar una elección presidencial transparente y creíble, democrática y participativa, responsabilidad del Secretario de Gobernación; mantener la estabilidad de la economía, responsabilidad del secretario de Hacienda. El trabajo colegiado de gabinetes se redujo en consecuencia. La asesoría y preparación de los trabajos en las secretarías técnicas de los gabinetes era la responsabilidad de José Córdoba. Cuando Córdoba me propuso retirarse a actividades privadas le respondí que en abril, cuando entrara en vigor la autonomía del Banco de México, él podría hacerse responsable de la transferencia al gobierno federal de varios fideicomisos a cargo del banco. Su cercanía con el doctor Zedillo lo llevó finalmente al BID, donde una vez electo dejó de ser funcionario del gobierno de México para convertirse en funcionario internacional.

Apoyé como sustituto para la candidatura al hombre que, según creí en ese momento, Donaldo Colosio hubiera apoyado. Lo hice pensando en el país: el nuevo candidato debía contar con cualidades para conducir los cambios políticos, garantizar la estabilidad económica y financiera y elevar el nivel de vida de los mexicanos. Nos inclinamos por un hombre con conocimiento y experiencia en materia económica y no por algunos de los que contaban con mayor experiencia política. Eso no significaba ignorar que sin conducción política no había posibilidad de desarrollar una buena política económica. Se consideró que el desempeño en las tareas del gabinete presidencial siempre le daban a un secretario de Estado la formación necesaria para desarrollar una acción política de alto nivel.

### **Zedillo: la formación de un candidato que tuvo importantes oportunidades para prepararse para la presidencia de la República**

A uno de los presidentes mexicanos más reconocidos por su agudeza política, Adolfo Ruiz Cortines, le preguntaron alguna vez cómo se prepara un ciudadano para ser presidente de la República; la respuesta de don Adolfo fue: "No hay escuela. Se aprende siendo". Sin embargo, hay experiencias que preparan a un político para esa responsabilidad.

Durante los años que colaboró en mi gabinete, el doctor Zedillo mostró una actitud sensata, de equilibrio ante los efectos que el poder puede producir en quienes lo ejercen. Además, era particularmente estricto (y aun severo) en lo relativo al uso de los recursos públicos. Se sabía que no le temblaba el pulso para tomar decisiones. En las giras, su personalidad tenía un buen impacto entre la gente. Su entusiasmo hacia el Programa Solidaridad y por la tarea educativa hablaba de un genuino interés en la organización popular como método para resolver los retos sociales.

El doctor Zedillo había tenido tantas o más oportunidades de prepararse para acceder a la primera magistratura del país que las que tuvieron otros presidentes mexicanos. Sobran ejemplos, Zedillo se desempeñó dentro del sector público por más tiempo que el ex presidente José López Portillo y fue miembro del gabinete con rango de secretario de Estado por más años que el ex presidente Miguel de la Madrid. Sus comparecencias



ante el Congreso de la Unión, experiencia inigualable que exige dialogar y negociar con las diversas fuerzas políticas representadas por los partidos políticos, eran de verdad excepcionales. Zedillo sumó más comparecencias ante el pleno de la Cámara de Diputados que las que como secretarios acumularon José López Portillo y Miguel de la Madrid, juntos. Esto le permitió sostener largas horas de diálogo y negociación con legisladores del PRI y de la oposición. Ahí mostró capacidad para el debate, respeto al Poder Legislativo, firmeza en la defensa del desempeño del Presidente de la República y convicción y compromiso con mi programa de gobierno.

Durante cinco años, el doctor Zedillo fungió como miembro de mi gabinete: tres años como Secretario de Programación y Presupuesto y dos como Secretario de Educación Pública. Durante ese tiempo Zedillo adquirió un conocimiento integral de la situación económica y social del país. Participaba intensa y decididamente en los debates, tanto del gabinete económico como del gabinete social. Durante los acuerdos que regularmente sostenía conmigo me expresaba con claridad sus puntos de vista. Siempre lo hacía de manera informada y analítica. Mostraba conocimiento y sensibilidad sobre los diversos temas.

El doctor Zedillo creció con los puestos y las responsabilidades que le encargué. Las distintas posiciones que ocupó durante esos cinco años le permitieron un muy intenso fogueo político. En la titularidad de la Secretaría de Programación y Presupuesto (responsabilidad que habíamos tenido antes Miguel de la Madrid, Pedro Aspe y yo) tuvo que negociar la distribución de los recursos presupuestales con cada uno de los titulares del gabinete y de las entidades paraestatales, así como con cada uno de los gobernadores del país, entre los cuales varios habían surgido de la oposición. Además, efectuó un intenso trabajo con las clientelas políticas de todos los miembros del gabinete, pues el secretario de Programación tenía que organizar la distribución de los escasos recursos que se asignaban a proyectos alternativos. Como representante gubernamental en las negociaciones del Pacto para la Estabilidad Económica, el doctor Zedillo mantuvo un amplió diálogo con las dirigencias obreras. En ese foro también negoció con las dirigencias campesinas y las empresariales.

Como secretario de Programación y Presupuesto, entre diciembre de 1988 y diciembre de 1991, Zedillo fue un firme y convencido promotor y corresponsable de la estrategia económica. Para mí resultaba central que quien asumiera la responsabilidad de encabezar al PRI en la contienda electoral, tuviera capacidad para la negociación política y para conducir la economía, de tal manera que el país avanzara en el cambio político y no volviera a padecer los descalabros cambiarlos que tanto habían afectado a los mexicanos en el pasado. La reforma política, los proyectos sociales de organización popular y la estabilidad económica representaban la vía por la que habíamos trabajado con tanta dedicación a lo largo de seis años de gobierno. El perfil del candidato debía garantizar avance político, estabilidad económica y bienestar para los mexicanos. Era primordial que el futuro Presidente respetara y alentara las nuevas organizaciones populares. Y este último fue el factor decisivo para determinar la candidatura de Zedillo.

Durante las horas tensas que acontecieron a la decisión, recordé la mañana del 2 de enero de 1992, cuando le comuniqué al doctor Zedillo que sería secretario de Educación Pública. En mis notas conservo la siguiente reflexión: "Le dije a Ernesto Zedillo de su nuevo cargo. Le confirmé claramente que su gestión en SPP había sido muy buena. Su reacción fue de gran entusiasmo. Me dio mucho gusto". Recordé también que, a partir de aquel 1992, ya como Secretario de Educación Pública, Zedillo condujo con acierto la enorme reforma educativa que mi gobierno alentó. El 27 de marzo y el 12 de junio de 1993 apunté en mi cuaderno de notas:

Zedillo va muy bien. Puede ser el mejor secretario de Educación Pública del país en mucho tiempo. Está haciendo lo que se debe hacer... Estoy muy contento con el trabajo que está desarrollando Zedillo en la Secretaría. Si se queda algunos años más, podría hacer la reforma educativa más importante del país, aun mayor que la de Vasconcelos.

A partir de su responsabilidad como titular de la Secretaría de Educación Pública, Zedillo tuvo que realizar un intenso proceso de negociación con una de las organizaciones sindicales más grandes y combativas de América Latina: el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE). Lo hizo en el marco de una de las reformas educativas más profundas en la historia del país; esa reforma exigió revisar las condiciones de trabajo de los maestros y obligó a dar un delicado paso hacia la descentralización educativa.

Como secretario de Estado, el doctor Zedillo puso un especial cuidado en el impacto de las decisiones económicas sobre el desarrollo de los acontecimientos. En junio de 1989, cuando intentamos precisar el momento oportuno para renegociar el Pacto, Zedillo advirtió en reunión de gabinete sobre la inconveniencia de anunciar una nueva negociación que implicara modificaciones de los precios públicos de la electricidad cuando estaba por realizarse la elección estatal en Baja California. En mayo de 1991, también en gabinete económico,

Zedillo insistió en que se introdujera de inmediato la extensión del régimen de zona libre en Baja California; adujo que Ernesto Ruffo, el panista que había ganado la elección de gobernador, pretendía arrebatárle esa demanda al PRI. En las reuniones de gabinete económico, Zedillo insistía en analizar las circunstancias políticas que podían entorpecer o dificultar las decisiones económicas. Sin duda siempre tenía presente el factor político para plantear sus recomendaciones y propuestas.

Durante los acuerdos que celebré con Zedillo en su calidad de secretario de Estado, él me entregaba notas que aún conservo; en ellas proponía acciones para fortalecer al PRI, y hacía consideraciones sobre sus finanzas y otros aspectos específicos. Esto le permitió a Zedillo construir una cercana relación con el entonces dirigente nacional del PRI, Donaldo Colosio. Incluso, prácticamente, se encargaba de coordinar las acciones del partido en su tierra adoptiva, Baja California, para detener, según él mismo me dijo, la consolidación del gobierno del PAN en ese estado del país. También esa función le facilitó el acercamiento con Colosio.

El doctor Zedillo había hecho público su compromiso con el liberalismo social. En 1992 la prensa recogió una declaración llena de convicción y firmeza de Zedillo:

El liberalismo social fortalece nuestra soberanía, al promover una interrelación económica con el exterior que mantiene intacta nuestra independencia política... El liberalismo social es palanca de nuestra transformación.

Su vinculación con el programa de Solidaridad había sido completa. En su arranque, el programa se ubicó dentro de la SPP, cuyo titular, Zedillo, lo apoyó y promovió. Con su entusiasmo, Solidaridad alcanzó su plena instrumentación.

En los momentos de mayor tensión que siguieron a la muerte de Donaldo, cuando enfrentábamos los apremios para evitar que la crisis se saliera de control, un cercano colaborador me hizo ver tres cualidades del doctor Zedillo que resultaron oportunas para despejarle el camino hacia la candidatura: aprende rápido - me dijo -; suple la inexperiencia con su inteligencia y es un ser humano noble. Esa misma persona me hizo ver también el principal defecto de Zedillo: tiene problemas con su origen, me dijo, y eso lo hace un hombre rencoroso. En aquel momento esto último no me pareció relevante.<sup>4</sup>

### **Zedillo tuvo responsabilidades que le permitieron conocer la situación política y económica del país , acceso a la información más relevante y oportuna de la situación financiera**

Como miembro del gabinete, el doctor Zedillo conoció, debatió y promovió con precisión y detalle la estrategia económica y de desarrollo general. Fue el responsable de integrar el Plan Nacional de Desarrollo y de presentarlo a la Nación en 1989. Además, participó en todos los debates del más alto nivel sobre la estrategia económica, los procesos de privatización y el TLC.

En 1994, ya como candidato, Zedillo tuvo acceso a la información económica más detallada. Durante ese año, su cercanía con José Córdoba y su entrañable amistad con el subsecretario de Hacienda Guillermo Ortiz, le permitieron conocer los aspectos económicos de ese difícil año. Tuve conocimiento de que durante 1994, y especialmente conforme se acercaba la toma de posesión del doctor Zedillo, el subsecretario Ortiz se reunía con él para comentarle sobre los aspectos más relevantes de la situación financiera del país. <sup>5</sup> No me pareció que fuera una deslealtad del subsecretario Ortiz con el secretario Aspe, pues yo sabía de la estrecha relación de Ortiz con Zedillo.

En septiembre de 1994 se realizó una nueva negociación del Pacto Económico. En esa ocasión, lo digo sin ánimo de soslayar responsabilidades, la participación de mi gobierno tuvo un complemento, pues decidí proponerle al presidente electo que él y su equipo participaran en los aspectos principales del nuevo Pacto. Lo consideré necesario, pues sus resultados incidirían sobre todo en el inicio del gobierno entrante. Ese Pacto era una responsabilidad de mi gobierno, pero accedimos a que el resultado de la negociación de septiembre conociera ya las prioridades del futuro Presidente.

### **Colaboradores cercanos a Zedillo, informados de la situación económica y financiera del país**

En el círculo más cercano del presidente electo aparecieron tres funcionarios que habían tenido

responsabilidades del más alto nivel en el sector financiero de mi gobierno: Guillermo Ortiz, que como subsecretario de Hacienda había presidido el Comité de Privatización de la Banca, también fue el responsable del seguimiento de los Tesobonos y de la supervisión bancaria; Óscar Espinosa, Director de Nafinsa, quien pasó a ser el secretario de Finanzas del PRI durante la campaña de Zedillo, conocía muy bien la situación financiera de ese banco de desarrollo y del financiamiento del gobierno federal; José Angel Gurría, quien fue subsecretario en Hacienda y más tarde director del Banco de Comercio Exterior, también conocía todos los aspectos de la banca de desarrollo y del financiamiento gubernamental. Los dos últimos acompañaron a Zedillo durante su campaña. A partir del primero de diciembre de 1994, los tres pasaron a formar parte del gabinete del Presidente Zedillo, en funciones de la más alta responsabilidad.

En abril de 1994, la integración de los candidatos del PRI a diputados y senadores al Congreso de la Unión quedó a cargo del candidato Zedillo. Así había sido siempre. Respeté esa tradición. Por eso el líder de la Cámara de Diputados en noviembre de 1994 (con la responsabilidad de instalar el nuevo Congreso, de recibir mi último informe y de encabezar la ceremonia de la toma de posesión del nuevo Presidente) fue el señor Roque Villanueva. La prensa publicó que el presidente Zedillo se refería a Roque Villanueva como su brother. El control del Congreso a partir de noviembre de 1994 ya estaba en manos de la nueva administración. Un hecho singular confirmó el ascendiente del nuevo gobierno sobre el Congreso a partir de esta fecha. A finales de mi administración, le comenté al presidente electo que estaba por enviar a la nueva cámara de Diputados una iniciativa para poner en el lugar de honor de las paredes de la Cámara, donde están inscritos en letras de oro los nombres de algunos mexicanos distinguidos, el nombre de Luis Donaldo Colosio. Zedillo me comentó que eso era inconveniente y se prestaría a malas interpretaciones. Me hizo sentir claramente que no sería aprobado. Me desanimó. Esa iniciativa permaneció en el archivo del Director Jurídico de la Presidencia, Rubén Valdés.

De acuerdo al mandato constitucional, el 1 de diciembre de 1994 en las sede del Congreso de la Unión y en solemne ceremonia entregué la responsabilidad del poder ejecutivo al nuevo presidente de la República, Ernesto Zedillo Ponce de León. Cumplí así con la obligación democrática de transmitir de manera legal y pacífica el más alto honor al que puede aspirar un mexicano.

1. Unos meses antes había promovido una iniciativa de reforma a esa fracción constitucional, para eliminar esta restricción contra mexicanos cuyos padres hubieran nacido fuera del país. Como se verá más adelante, se reformó la Constitución y la nueva fracción entró en vigor a partir de diciembre de 1999.
2. Los datos, día a día, de las reservas internacionales de 1994 están contenidos en Banco de México, Informe Anual 1994, pp. 192-199. Durante enero, en medio del levantamiento de Chiapas, entraron 1,415 millones de dólares; hasta el 11 de febrero entraron otros 2,765 millones. En total 4,180 millones de dólares. A pesar del conflicto chiapaneco, el país seguía recibiendo dólares. A partir del 12 de febrero, la entrada de divisas se frenó por el alza de las tasas de interés de la Tesorería de los Estados Unidos.
3. Mi secretario particular, Juan Rebolledo, joven notablemente talentoso y eficaz, registró los pormenores de esa reunión. Le pedí que conservara una minuta y así lo hizo.
4. Tiempo después un ex colaborador mío me dijo: "Debías de haber releído a Gregorio Marañón, En Tiberio, historia de un resentimiento. Marañón escribió que el triunfo, lejos de curar al resentido, lo empeora, y es una de las razones de la violencia vengativa que el resentido ejerce cuando alcanza el poder. De ahí la importancia que el resentimiento ha tenido en la historia".
5. Se ha publicado también que en octubre de ese año Ortiz le entregó un estudio a Zedillo donde le proponía que al inicio de su gobierno se devaluara el peso. Reforma, mayo 18 de 1995.